

cia, despues de haber obligado á la guarnicion bizantina á encerrarse en la plaza de Mesina, á la cual puso sitio.

Hasta aquí habia perdido mucho tiempo el emperador no acabando de resolver á quién encargaría las operaciones de la guerra contra los ostrogodos; pero al fin hizo en el décimo-sexto año una eleccion acertadísima en la persona de su sobrino Germano, que se habia casado con la nieta de Teodorico, Matasvinta, cuyo matrimonio forzado con Witiquis habia quedado disuelto, ya por la muerte de éste, ya por la ley que acaso lo anuló. Tan grande era la veneracion que los pueblos germánicos profesaban á sus familias nobles y con mayor razon á la real, que muchísimos godos del ejército de Totila dudaron si deberian pelear contra el marido de la nieta del gran rey amalo. El primer efecto de este nombramiento fué inspirar nuevos bríos á las guarniciones bizantinas que se sostenian en Rávena, Civitavecchia y algunas otras plazas fuertes, y hacer que muchos voluntarios, soldados de oficio, procedentes de naciones bárbaras, en especial de tribus germánicas, acudieran á alistarse bajo las banderas del príncipe. Pero Germano, antes de salir de Sárdis en Iliria, donde pasó revista á su ejército, falleció repentinamente de muerte natural. Totila se vió así libre de un adversario peligroso, y pudo, despues de recorrer toda la Sicilia y de dejar las correspondientes guarniciones en sus cuatro plazas fuertes, volver cargado de incalculable botín y grandísimas provisiones á la península para hacer frente al ejército del difunto Germano, que acudia amenazador desde Dalmacia. Sin embargo, durante algun tiempo nada se emprendió contra los godos. Una escuadra imperial fué por la tempestad arrojada á la costa del Peloponeso de donde venia, y las invasiones de eslavos, excitados probablemente por el rey ostrogodo, reclamaron toda la atencion de las fuerzas terrestres; y así no se nombró sucesor á Germano hasta el año siguiente. Esta vez recayó la eleccion del emperador en el eminente general Narses el Eunuco, en la confianza de que todos los demás jefes que entre sí andaban siempre á la greña, se someterian obedientes á su talento y capacidad reconocidamente superiores. Cierta es que para nada debió de influir en el ánimo del emperador una necia profecía del tiempo de Teodahado, segun la cual «un eunuco venceria al señor de Roma.» Narses estaba persuadido de que la guerra contra los godos no podia nunca llevarse á buen fin con recursos tan regateados como los que se habian dado á Belisario; y por esto puso por condicion *sine qua non* para encargarse del mando, que se le dieran un ejército numeroso y grandes recursos en dinero. Todo le fué concedido, y Narses, al revés de la primera campaña de Belisario dirigida del Sur al Norte, operó desde el Nordeste hácia el Sur; siendo la base de sus primeras operaciones Solana en Dalmacia, donde incorporó á su ejército las tropas estacionadas allí desde hacia tiempo. Totila creyó poder lograr el regreso á Constantinopla del ejército nuevo atacando al imperio oriental directamente, á cuyo fin mandó en el décimo-séptimo año de guerra (551-52) una escuadra compuesta de 300 buques armados, á las aguas de Corfú. Las tropas que llevaban desembarcaron devastando esta isla y las inmediatas, pasando luego á la península griega, donde penetraron hasta Dodona y sorprendieron á Nicópolis y Anquiso; mientras que la escuadra recorria la costa apresando muchos buques de comercio y varios trasportes de provisiones para Narses.

Al propio tiempo habia mandado el rey un cuerpo de ejército y 47 buques de guerra para sitiar por mar y por tierra la plaza de Ancona, pero esta escuadra goda quedó destruida por la torpeza de sus tripulantes cuando fué atacada cerca de Sinigaglia por otra bizantina, compuesta de solo 30 naves, que venia de Salona. Solo quedaron once bu-

ques, que los fugitivos quemaron luego que hubieron tocado tierra para no dejarlos caer en manos de los enemigos; los demás 36 ó se habian ido á fondo ó habian caido en poder de los bizantinos. El resultado de este desastre fué imposibilitar el bloqueo, y como sin bloquearla por mar era inútil cercar la ciudad por tierra, levantaron los godos tambien el sitio, retirándose á Rimini. Este descalabro descorazonó á los godos, porque muchísimos de sus mejores guerreros habian encontrado en él la muerte, á lo que se agregaba que las débiles guarniciones de Sicilia habian tenido que rendirse por hambre. Totila mandó una embajada tras otra á Constantinopla suplicando al emperador que hiciese la paz, llamando su atencion sobre la provincia de los Alpes marítimos, muchas ciudades de Croacia y casi todo el Véneto que estaban en manos de los francos, y diciéndole que el resto de la península era un erial, por el cual no obstante se obligaba el rey ostrogodo á pagar tributo y contribucion, á reconocer al emperador por su soberano, evacuar las únicas provincias no devastadas, la Sicilia y la Dalmacia, y auxiliarle en todas sus guerras. Todo fué inútil; Justiniano despreció todos los ofrecimientos y despidió á los embajadores; «no podia oír hablar de godos,» dice Procopio, «y solo meditaba cómo los arrojaría para siempre de Italia.» Además trató otra vez de interesar á los francos en la guerra. Totila trató de desviar de Italia la grande expedicion que se preparaba en Salona, pero le faltaban los medios para un ataque directo, especialmente los marítimos, pues que tenia que hacer frente á las escuadras imperiales que se hallaban apostadas en los puertos de Salona, Ancona y Rávena. No sabiendo qué hacer para apartar el peligro que le amenazaba por aquel lado, hizo ocupar las islas de Córcega y de Cerdeña, estableciendo en ellas la administracion económica goda. El capitán general del ejército imperial en Africa (*magister militum Africae*) envió buques y tropas para recuperar sobre todo la segunda de las dos islas, pero al querer poner sitio á la capital, Cagliari, los godos les acometieron en una salida, mataron á los embajadores é hicieron huir á la tropa, que se refugió en sus buques y se volvió al Africa. Todas estas ventajas eran demasiado secundarias para influir en la marcha general de la campaña y apartar el peligro principal. Justiniano jamás habia mostrado tanta constancia y terquedad. No quiso llamar ni á su general ni á su ejército de Dalmacia, donde Narses acababa sus grandiosos preparativos, calculados y ejecutados con la mas escrupulosa minuciosidad. Era el ejército que debía dar el golpe de gracia al reino ostrogodo. Su fuerza era abrumadora: Narses habia logrado de su avaro soberano abundantísimos recursos pecuniarios que el imperio oriental todavia en aquel tiempo arbitraba con facilidad; con ellos pudo pagar los inmensos atrasos que se debian á las tropas en Dalmacia é Italia, atraer con este aliciente á sus filas á muchísimos combatientes que por esta causa se habian pasado á los ostrogodos, y enganchar nuevas tropas, sin contar los muchos contingentes que se le enviaron desde Constantinopla, Tracia é Iliria y nuevos cuerpos de hunos, persas y sobre todo germanos, entre estos 5,000 longobardos, 3,000 hérulos, 400 gépidos mandados por Aspad, que dió posteriormente el golpe mortal al rey ostrogodo. Todos estos soldados escogidos, pagados por el emperador, debian como siempre servir á la antigua política imperial, que consistia en destruir á los germanos por medio de otros germanos dirigidos por la estrategia superior romana. A todo esto se agregaba la fama de liberalísimo que el jefe bizantino gozaba hasta en los pueblos mas apartados, y con mucha razon, porque asalariaba de su propio bolsillo gran número de jefes y soldados de todas las procedencias, para formarse como Belisario aquella guardia

de piqueros que tanto habia contribuido siempre á la victoria de las armas bizantinas contra los godos y vándalos.

Organizado este numeroso ejército, salió Narses por fin de Salona y atravesó la Croacia y la Istria, costeando el Adriático hasta el Véneto. Los jefes ó condes francos se opusieron al paso del ejército invocando el tratado de amistad entre su pueblo y Constantinopla, diciendo que en el ejército imperial servian sus enemigos mortales los longobardos; pero en el fondo era otro su motivo; á saber, el temor de ser expulsados de sus posesiones luego que los bizantinos hubiesen exterminado á los ostrogodos. El general en jefe de Totila, Teya, el hombre mas valiente de su pueblo y que debía ceñir la corona de Totila, habia tomado sus disposiciones con mucho cálculo y prevision; sus tropas escogidas defendian todos los caminos que conducian hácia el Mediodía, teniendo por centro á Verona; los pasos del Po estaban defendidos por parapetos y fosos; donde se podia se habia ahondado el lecho, y tan bien habia dispuesto todo, que Narses se vió realmente en el mayor apuro sin saber qué hacer. Al otro lado del Po aguardaba al enemigo el ejército godo, suponiendo que habia de tomar forzosamente uno de los caminos tan bien defendidos, que pasaban cerca de Verona, porque el de la costa ofrecia serias dificultades por los muchos rios que allí desembocaban en el mar, y para atravesar el Adriático con todo su gran ejército no tenia Narses suficientes embarcaciones, mientras que parecia fácil derrotarle si lo desembarcaba en secciones sucesivas. Juzgando poco prudente un ataque al ejército de Teya en las posiciones que ocupaba, estaba Narses sin saber qué partido tomar, cuando un jefe práctico del terreno le sacó de su perplejidad, proponiéndole el camino de la costa dominado por las fortalezas ocupadas todavia por tropas bizantinas, y pasar los diversos rios con el auxilio de barcas y lanchas que el ejército podia llevar consigo. Narses siguió este consejo y llegó así á Rávena, donde hizo descansar las tropas nueve dias, y al cabo de los cuales se dirigió á Rimini, cuyo valeroso comandante Usdrila le habia desafiado con altaneras bravatas. El corto trecho que separa ambas poblaciones opuso al ejército considerables obstáculos; habia que pasar los rios Uteno, Bedesis, Savio, Rubicon, y sobre todo, el Arimino cerca de Rimini, profundo, ancho y difícil de pasar aun sin que nadie se oponga. Todo esto causó un grandísimo retraso; pero cayó Usdrila en un choque con la vanguardia compuesta de hérulos, y perdido su jefe, no supo la guarnicion impedir la construccion del puente de barcas ni el paso de los bizantinos. Estaba al otro lado del rio la gran carretera ó vía Flaminia, pero no pudo aprovecharla el general porque cerraba completamente el paso el castillo de Petra Pertusa (Roca Horadada), por manera que hubo de continuar su marcha á la izquierda y á lo largo de la costa.

Totila, al saber el rodeo del enemigo, aguardaba junto á Roma que se le uniera el ejército de Teya, que ya no tenia objeto donde se hallaba apostado; pero cuando supo que el enemigo se dirigia á Rimini, atravesó á toda prisa la Toscana y tomó posiciones al pié de los Apeninos, cerca de la pequeña ciudad de Taginas. No tardaron los bizantinos en presentarse, y establecieron su campamento á 100 estadios de los godos en el punto conocido por el Quemadero de los Galos, por haberse quemado allí los cadáveres de los celtas cuando Camilo los derrotó en época antigua. Narses intimó al rey la rendicion, diciéndole que mejor era rendirse y deponer las armas que empeñarse con su pequeño ejército, reunido precipitadamente, en una lucha estéril contra las fuerzas del gran imperio del mundo. En caso de negativa le invitó á que fijara el dia del combate. Totila rechazó

indignado la propuesta de sumision y fijó el noveno dia para la batalla. Narses no se fió y se preparó con mucha cautela para recibir el enemigo al dia siguiente, y en efecto, al otro dia, antes de recibir ningun aviso, vió ya todo el ejército ostrogodo acercarse y tomar posiciones á dos tiros de flecha de su campamento. Para estar preparado á todo evento habia hecho ocupar durante la noche, por un destacamento de gente escogida, una altura que dominaba el terreno ondulado y el riachuelo Clasio. Este destacamento rechazó luego cuatro ataques de caballería goda. Con la posesion de esta colina estaba Narses seguro de no verse atacado por los flancos ó por la espalda, pues el único rodeo posible era por detrás de dicho cerro. Pasó este dia, y al siguiente formáronse ambos ejércitos en órden de batalla. El ala izquierda de los bizantinos se apoyaba en el cerro, y allí mandaba Narses en persona sus mejores tropas, entre ellas sus guardias y los hunos. En el centro colocó á los longobardos, hérulos y otros bárbaros, haciendo echar pié á tierra á los que estaban á caballo, á fin de que no pudiesen huir por traicion ó cobardia, y en el ala derecha situó á los jefes que estaban á sus órdenes con las demás tropas. Muy numeroso debia de ser el ejército cuando pudo colocar en cada ala 4,000 arqueros, tropa ligera y la mas fatal para los germanos. Además apostó 1,000 jinetes para atacar á la infantería goda por el flanco y colocó otros 1,500 á retaguardia del ala izquierda con órden de sostener pronto cualquiera seccion que cediera y detener á los perseguidores. Despues hizo pasear por entre sus filas, compuestas de codiciosos mercenarios, brazaletes, collares, bocados de caballo y otras cosas de oro bruñido para excitarlos al combate. Totila, por su parte, recorrió á caballo sus débiles filas excitando á su gente á ser valiente, porque esta batalla iba á decidir de la suerte de los ostrogodos, como era en efecto verdad; pero esperando todavia un refuerzo de 2,000 jinetes, no quiso comenzar la accion, y para disimular, ganar tiempo y enseñar de paso al enemigo quién era él, se entretuvo en brillantes y difíciles ejercicios de equitacion y esgrima al frente de su ejército. Cubierto de rutilante armadura engastada de oro, montado en un magnifico caballo, con oriflomas purpúreas al extremo de su lanza y venablo, hizo ejecutar á su corcel los ejercicios de la mas complicada escuela, arrojando entre tanto á gran altura la lanza que reflejaba con sus oscilaciones en el aire los rayos del sol, volviéndola á coger ya con una mano, ya con dos, sin parar un momento en su rápida y elegante carrera, amén de muchas otras pruebas de sorprendente fuerza, destreza y práctica, tanto en el manejo del caballo, como en el de las armas.

En estos ejercicios pasó toda la mañana, sin que con esto pensara el astuto bizantino en atacar para no abandonar su excelente posicion, no obstante su gran superioridad numérica. Los jinetes de Totila no llegaban y para ganar mas tiempo solicitó el rey godo una entrevista con Narses, proposicion que éste rechazó. Por fin, llegaron los 2,000 caballos hácia el medio dia, y entonces mandó el rey volver todas sus tropas al campamento y disponer el rancho, para luego de repente marchar sobre el enemigo y sorprenderle descuidado. Narses, que habia penetrado la estratagemas, mandó que su gente comiera sin abandonar las filas ni dejar las armas, y así esperó al enemigo sin apartar de él un momento la vista. Viendo que la caballería goda iba á atacar sus dos flancos, llamó á los temibles arqueros al centro para tirar así sobre los flancos de los godos. Procopio dice que Totila habia dado órden á sus godos de no servirse ni del arco, ni de la espada, sino solo de la lanza, pero como cuenta una cosa análoga de Gelimero en la batalla que sostuvieron los vándalos, resulta muy dudoso este detalle. El hecho es que la

caballería ostrogoda perdió ya mucha gente y caballos por las innumerables flechas que silbaban de todos lados, antes de llegar á la línea enemiga, por la cual fué rechazada de un modo tan sangriento, que en completa confusión huyó atropellando á su propia infantería y arrastrando consigo á los que se salvaron de ser atropellados, mientras entre ellos mismos, á causa del apiñamiento, se abría camino cada uno como podía acuchillando al que estorbaba. Siguiéron los de Narses el alcance de los fugitivos, matando sin misericordia á la multitud que no podía huir ni defenderse, hasta que la oscuridad puso fin á la matanza. Al día siguiente los cadáveres de 6,000 godos y soldados bizantinos que se habían pasado anteriormente á ellos cubrían el campo de batalla. Todos los prisioneros fueron muertos, y el rey huyendo en la oscuridad con solo cinco guerreros, halló también la muerte á manos de un germano, el gépido Aspad, que sin conecerle le atravesó el hombro con su lanza. Eskipuar, célebre y renombrado por sus muchos hechos heróicos, quiso vengar á su señor é hirió á Aspad, quedando herido á su vez. Un muchacho con tres godos mas pudieron sacar al rey de allí y llevarle á todo correr á Capri, distante 84 estadios, donde cuidaron su herida que era mortal, y pronto no les quedó que hacer mas que enterrar un cadáver.

Los bizantinos no tuvieron noticia de su muerte hasta que una mujer les enseñó la tumba; para averiguar la verdad, la abrieron y reconociendo al rey le volvieron á enterrar y llevaron la noticia á Narses, el cual envió su yelmo adornado de piedras preciosas y su manto sangriento en señal de victoria á Constantinopla, á donde llegaron en agosto, de suerte que Totila debió de morir en julio ó á últimos de junio.

Segun otra version, no se presentó Totila vestido de rey en la batalla, sino con una armadura comun, quedando mal herido ya al principio de la accion por un flechazo, con cuyo motivo se apoderó de sus tropas el espanto y se dieron á la fuga.

Los godos que pudieron escapar de la carnicería tomaron la direccion del Norte, pasaron el Po y se metieron dentro de Pavia, donde eligieron al valiente Teya por rey, porque todavia aquel pueblo guerrero no queria renunciar á la lucha, aunque no tuviese esperanza de obtener un resultado útil. Teya aceptó y trató de comprar el auxilio de los francos con el tesoro que Totila habia empezado á reunir en aquella ciudad; luego llamó y reunió á todos los guerreros ostrogodos y se preparó á resistir de nuevo al enemigo.

Narses procuró ante todo deshacerse de sus salvajes aliados los longobardos, que no hacian mas que incendiar y forzar las mujeres, aun dentro de las iglesias donde se solian refugiar. Los recompensó regiamente y los hizo salir del país. Colocó á orillas del Po un cuerpo de observacion con órden de impedir la reunion de los ostrogodos dispersos; marchó á recorrer la Toscana, donde se le rindieron primero Narni y Perusa, y despues Nepa y Petra Pertusa; dispuso la reconstruccion de las murallas de Espoleto, donde dejó guarnicion, y se dirigió por último á Roma, cuyos defensores no eran bastante numerosos para guarnecer todo el circuito. Así fué que á la primera embestida escalaron los bizantinos la muralla por un punto donde no habia un solo defensor. En seguida rindióse la guarnicion, que se habia retirado al mausóleo de Adriano, y lo mismo hizo la del Puerto, de modo que por quinta vez pudieron mandarse las llaves de Roma al emperador de Constantinopla. Desde aquel momento la guerra fué ya de raza á raza y de exterminio. Los godos de la Campania, perdida la esperanza de sostenerse en Italia, degollaron á todos los patricios y senadores que pudieron encontrar; lo mismo hizo Teya con los 300 jóvenes hijos de familias nobles que Totila llevaba consigo con el

nombre de cortesanos, pero en realidad como rehenes, y que últimamente habian sido enviados al otro lado del Po.

Narses se dirigió desde Roma á Cumas, en cuya fortaleza mandaba Aligerno, hermano de Teya, guardando allí la mayor parte del tesoro real, reunido bien ó mal por Totila. Habiendo perdido Teya toda esperanza de ser auxiliado por los francos, corrió á defender á Cumas, y como Narses quisiera cerrarle el camino por la Toscana apostando dos ejércitos, imitóle Teya, dejándole á la derecha guardar los caminos mientras él se deslizó muy disimuladamente por la costa hasta la Campania, y se atrincheró en una excelente posicion al pié del Vesubio. Narses reunió en frente de los godos todas las fuerzas que pudo, pero á pesar de su gran superioridad numérica, no atacó, y por espacio de dos meses se estuvieron observando inactivos los dos ejércitos, separados por un riachuelo llamado Draco. De repente pasóse á los imperiales el jefe de la escuadra goda, que hasta entonces habia abastecido por el mar al reducido ejército godo, y además se presentó otra escuadra bizantina para completar el riguroso bloqueo de la costa, lo cual obligó á Teya, exasperado por el hambre, á abandonar su excelente posicion y retirarse al Monte Lacteo, situado en frente del Vesubio. Esta roca desnuda y escarpada, fué el último refugio de los restos del pueblo ostrogodo, pero persiguiéndoles tambien allí el hambre, resolvieron acabar con tanta miseria y morir como héroes, y en su consecuencia, se arrojaron de repente sobre los bizantinos. El autor, partidario de las armas imperiales y su cronista, nos describe la última batalla de los ostrogodos cerca del Vesubio, y la muerte heróica de su último rey Teya: «Describiré ahora, empieza Procopio, el combate memorabilísimo, en el cual se puso Teya á la altura de los héroes mas grandes conocidos. La desesperacion aguijoneaba á los ostrogodos; la vergüenza de sucumbir ante el menor número á los romanos. Así empezó la lucha al nacer el día; Teya á la cabeza de todos los suyos, cubierto de su escudo y apuntando la lanza al enemigo, estaba delante, con muy pocos guerreros á su lado. Al distinguirle los bizantinos, arrojáronse los mas valientes en gran número y tropel sobre él, creyendo que con su muerte quedaria decidida la batalla; le embistieron con sus lanzas y le arrojaron venablos certeros, pero Teya, con admirable destreza paró todos los tiros con su escudo, saltando de cuando en cuando súbitamente hácia sus enemigos y matando á muchos. Cuando en su escudo ya no cabian los venablos que se quedaban clavados en él, haciendo aumentar considerablemente su peso, cambiábalo hábilmente por otro que le tenia preparado su escudero, y siguió defendiéndose y matando enemigos durante ocho horas enteras. Tuvo entonces que cambiar otra vez el escudo cargado de 12 lanzas arrojadizas, porque no podia manejarlo ya para defenderse bien; llamó á grandes voces á su escudero para que le llevara otro, y apoyado en el escudo demasiado pesado, matando con la derecha enemigos y defendiéndose con la izquierda de ellos, llamando siempre al escudero, estuvo como clavado en el sitio sin moverse de allí ni el ancho de un dedo, ni moviendo el pié una sola vez hácia atrás. Pero al tomar de las manos del escudero el nuevo escudo, quedó su pecho un instante descubierta; era el último de su vida; un venablo le atravesó, y el héroe cayó muerto.»

Esto fué en setiembre de 552. En seguida cortáronle los bizantinos la cabeza y la mostraron en la punta de una lanza á ambos ejércitos, para animar á los suyos y descorazonar á los ostrogodos y hacerles deponer las armas; pero estos continuaron llenos de coraje la batalla hasta la noche, empezando de nuevo á la madrugada hasta la noche otra vez, habiendo gran mortandad por ambos lados, porque los godos

sabian que era su último día, que luchaban para morir, y los imperiales no podian ceder á un pequeño resto de enemigos. Finalmente, mandaron los godos algunos de sus hombres nobles á Narses, para decirle: «La experiencia nos ha demostrado, que Dios está contra nosotros; sentimos que nos persigue un poder superior; decidido á perdernos; queremos cesar en nuestra lucha; pero jamás nos someteremos al emperador y viviremos independientes entre otros germanos fuera de Italia.» Con esto solicitaron libre paso para sí y lo que poseian y tenian depositado en diferentes pueblos para sufragar los gastos de su viaje. Se accedió á su deseo; Narses, escuchando el consejo de sus capitanes, no quiso seguir la lucha con unos cuantos desesperados que no tenian nada que perder fuera de la vida, y los últimos ostrogodos, solo mil hombres, marcharon cargados con lo que pudieron recoger al través de toda la peninsula hasta Pavia; de allí pasaron el Po y luego los Alpes, que separaban la raza latina de la germánica, y desaparecieron para siempre sin que se sepa nada mas de ellos.

Aquí acaba la descripcion que hace Procopio de «La guerra Goda» que duró 18 años. Las últimas convulsiones que siguieron á este grandioso drama nos las refiere otro autor, Agatias.

Los ostrogodos que vivian desparramados por la Toscana, la Liguria y el Norte del Po en las ciudades y castillos no rendidos aun, se sometieron casi todos al saber la muerte del rey y de casi todo su ejército; pero no queriendo vivir bajo el odiado gobierno bizantino, trataron de excitar á los francos para con su ayuda renovar la guerra. Los godos del Véneto mandaron una embajada al jóven rey de los francos, Teudibaldo, que acababa de suceder en el trono á su padre Teudiberto, suplicándole les salvara de su desgracia; y tal como nos ha conservado su discurso el cronista Agatias, se vé que supieron muy sagazmente insinuar á aquel rey el peligro que le aguardaba luego que los bizantinos hubiesen exterminado completamente á los ostrogodos. Pinta despues el autor griego con gran independencia el carácter hipócrita, falaz y desleal de la política bizantina, que infringiendo los tratados celebrados entre el emperador Zenon y los ostrogodos, se arrojó sobre estos cuando se creyó con bastantes fuerzas para ello y bajo un pretexto falso. Así hace este autor decir á los embajadores citados: «Tampoco les faltará pretexto á estos siempre justos y piadosos bizantinos, cuando les venga bien atacarlos, como ya atacaron el bello país al otro lado del Rhin los antiguos romanos bajo el mando de César, empleando tambien magníficos pretextos.»

El jóven rey no se dejó inducir á declarar la guerra, pero no pudo ó no quiso impedir que dos poderosos jefes Alamanos, Leutaris y Butilin, hiciesen una campaña por su cuenta y riesgo, jactándose los dos de que arrancarían al despreciable y afeminado Narses toda la Italia y la Sicilia. Reunieron nada menos que 72,000 combatientes entre alamanos y francos, con los cuales penetraron en el Norte de Italia, probablemente con el auxilio de los francos establecidos en el Véneto, cuando Narses se hallaba todavia delante de Cumas, donde Aligerno, el hermano de Teya, guardaba y defendía el tesoro godo con una bizarría y una perseverancia dignas de su prosapia. Intentó Narses penetrar en la fortaleza por la célebre gruta de la Sibila; pero no lo logró. Entonces dejó allí un cuerpo sitiador para rendir la plaza por hambre, pues ya hacia un año que duraba el sitio, y mandó á toda prisá varios capitanes suyos, entre ellos Vulcaris, el jefe de los hérulos, al Po para defender este río con todas sus fuerzas contra los alamanos, mientras que él le seguia mas despacio para tomar en el camino las plazas que en el centro de Italia no se habian sometido aun, á fin de que los nuevos

enemigos no encontraran en ellas otros tantos puntos de apoyo. Narses prometió respetar y no causar mal á ninguno de los refractarios si se rendian, porque así tranquilizaba á los desertores y á aquellos ciudadanos romanos que habian tomado el partido de los ostrogodos y temian la venganza del emperador.

En efecto, con estas seguridades entregáronse Florencia, Civitavecchia, Volaterra, Luna y Pisa; solo Luca detuvo al general bizantino con su resistencia obstinada, porque su guarnicion contaba con la llegada de los francos y alamanos que ya habian pasado el Po y tomado á Parma. Delante de esta ciudad murieron Vulcaris y sus hérulos y muchos bizantinos que á consecuencia de su valor temerario, cayeron en una emboscada que les habia preparado Butilin; y entonces se alzaron de nuevo los ostrogodos de la Emilia y de la Liguria, agregándose á sus afines germánicos, y obligando con esto á los generales de Narses á retroceder hasta Faenza y Rávena, retirada que puso en situacion bastante critica á Narses delante de Luca que se iba sosteniendo. Al fin á los tres meses de sitio se rindió Luca, y Narses estableció su cuartel de invierno en Rávena, porque quiso evitar una campaña de invierno, estacion tan favorable á los hijos del Norte. En verano contaba con el auxilio del calor, de las fiebres y de la consiguiente debilidad. Rindióse en esto el intrépido defensor de Cumas, Aligerno, luego que tuvo noticia de los progresos de los francos en Italia, entregando á los imperiales su ejército, la plaza y el tesoro real, por no vivir bajo el dominio y las leyes de los francos, leyes y dominio que no dejarían de imponer á los godos en el caso de salir victoriosos de su empeño. Preferia entregar al emperador, al antiguo dueño de Italia, sus tropas y la plaza, pues que el país estaba ya perdido para los ostrogodos, á ayudar con ellas á los falaces merovingios.

Sufrieron los francos un gran descalabro cerca de Rimini por la estratagema de Narses de fingir que huía; pero habiéndose retirado despues á Roma, donde pasó el resto del invierno, pudieron los bárbaros llevar sus depredaciones á las costas oriental y occidental hasta muy al Mediodía, cada uno por su lado. Butilin con el grueso de sus fuerzas recorrió las orillas del mar Tirreno y atravesó la Campania, la Basilicata y el Abruzo hasta el estrecho de Reggio, y Leutaris con la parte mas pequeña siguió la costa del mar Adriático y penetró en la Apulia y la Calabria hasta Otranto. En estas excursiones respetaron los francos como católicos las iglesias, mientras que los alamanos infieles no respetaron mas los templos que los edificios particulares. Cargado con rico botin resolvió Leutaris volverse á su casa para poner el fruto de sus rapiñas en lugar seguro y enviar desde allí á su hermano un ejército auxiliar, porque Butilin se habia comprometido á combatir con los godos contra Narses y restablecer, vencido este, el reino ostrogodo en Italia. En su retirada perdió el Picentino junto á Pisaurum (Pésaro) y en la costa la mayor parte de su vanguardia en una emboscada, lo cual le determinó á torcer mas al Oeste á lo largo de los Apeninos. Atravesó la Emilia, luego con gran trabajo el Po y murió finalmente con su gente cerca de Ceneta, victima de fiebres malignas y otras epidemias. Su hermano Butilin, despues de devastar la Italia meridional, volvió hácia el Norte á fin de verano, perdiendo en el camino muchísima gente, arrebatada principalmente por la disenteria á causa de su inmoderado abuso de uvas y de mosto. Junto á Capua á orillas del río Casilino estableció un campamento fortificado; y aunque la tardanza de los cuerpos auxiliares que le habia prometido su hermano no le anunciaba nada bueno, pensó vencer con sus 30,000 hombres á Narses que acampaba enfrente de él con solo 18,000.